

Notas sobre el acompañamiento psicosocial

Notes about psychosocial accompaniment

Roberto Manero Brito

El presente artículo desarrolla algunas notas en torno a la práctica del acompañamiento psicosocial, tal como ha sido enunciado y desarrollado por algunas organizaciones civiles en México. Se parte de un análisis del proceso de significación del concepto de acompañamiento. Desde ahí, a partir de los procesos promocionales y asistenciales, se trabaja la división entre promotores y víctimas o damnificados, que produce una relación de asistencia centrada en la posibilidad de empatizar. Posteriormente se realiza un trabajo sobre la génesis social y la crítica de la práctica del acompañamiento psicosocial, centrado en la idea del efecto Lukács, así como del proceso de institucionalización de esta práctica en algunas organizaciones civiles.

Palabras clave: acompañamiento psicosocial, violencia, terrorismo de Estado, efecto Lukács, compañero.

This article develops some notes about the practice of psychosocial accompaniment, as it has been enunciated and developed by some civil organizations in Mexico. It is based on an analysis of the process of meaning of the concept of accompaniment. From there, from the promotional and assistance processes, the division between promoters and victims is worked on, which produces a relationship of assistance centered on the possibility of empathizing. Subsequently, a work is carried out on the social genesis and the criticism of the practice of psychosocial accompaniment, centered on the idea of the Lukács effect, as well as the process of institutionalization of this practice in some civil organizations.

Key words: psychosocial accompaniment, violence, State terrorism, Lukács effect, companion.

Fecha de recepción: 7 de marzo de 2018

Fecha del dictamen: 13 de mayo de 2018

Fecha de aprobación: 6 de junio de 2018

INTRODUCCIÓN

El *acompañamiento psicosocial* es una práctica difundida ampliamente en los últimos años. En países como México, donde la violencia y la criminalidad se multiplicaron y afectan la vida cotidiana de la gente, donde el Estado ha tenido políticas erráticas y fallidas frente a estos fenómenos, y donde las desigualdades son de las más grandes del mundo, los efectos sobre la población son amplios y se dan en múltiples dimensiones. La salud, la salud mental, el tejido social, las relaciones comunitarias, entre muchas otras cuestiones, son trastocadas por el clima de violencia y terror en nuestro país.

Frente a esta realidad, algunas organizaciones de la sociedad civil (OSC) han ido más allá de exigir al Estado un mayor y mejor cumplimiento del mandato constitucional y hoy se hacen cargo de la promoción y defensa de los derechos humanos, que son violentados tan frecuentemente. Frente a los efectos y secuelas que ha dejado la situación social, estas organizaciones se hacen cargo de apoyar, asistir y trabajar junto con las víctimas de la violencia para exigir justicia, reconocimiento y reparación del daño, así como para lograr rehabilitarlas, en la medida de lo posible.

Esta práctica emergente, el acompañamiento psicosocial, se distingue claramente de las terapias y psicoterapias convencionales. Se les opone críticamente, a partir de varios principios, como los de distinguirse de los métodos de intervención psicológica especializada, respetar la autonomía de las víctimas, tener de éstas una visión integral. El acompañamiento no se limita a una forma de trabajo psicosocial, sino que integra otras áreas, tales como la medicina forense y el derecho.

En este artículo haremos una revisión crítica del proceso de institucionalización de esta práctica, donde sostenemos que tiene lugar un fenómeno denominado *efecto Luckács*, que consiste, a grandes rasgos, en el *olvido* del saber social que da origen a la constitución de los nuevos saberes y prácticas especializadas. Así, la consolidación y consecuente institucionalización del acompañamiento psicosocial se opone al *compañerismo* y a la *compañía* como prácticas comunales que también emergen frente a nuestra realidad social. Frente a la *simpatía* del acompañamiento espontáneo y de la *participación en los sentimientos*, parecería entonces un trabajo de empatía, que se constituye como la impostura en los procesos de identificación.

GENERALIDADES EN TORNO AL CONCEPTO DE “ACOMPAÑAMIENTO”

Acompañar es un verbo que deriva de compañero. Éste, a su vez, es un sustantivo formado por el prefijo *con*, que seguido de una *p* se convierte en *com*, y que significa

“al mismo tiempo que”, “junto a...”; *panis*, palabra latina que significa “pan”, y el sufijo *ero*, que indica una acción cotidiana o periódica. Compañero es, entonces, “la persona que comparte el pan, el que come su pan con”.

La idea de compartir el pan es crisol de muchas figuras imaginarias, de mitos centrales en varias civilizaciones. Compartir el pan es al mismo tiempo compartir los frutos de la tierra, es lazo identificatorio entre quienes se reconocen de un mismo grupo social, etnia, nación. Comer del mismo pan es ser hijos de la misma madre, de la misma tierra. Compartimos el seno materno con los hermanos, y eso nos convierte necesariamente en partícipes y pertenecientes a la misma familia, cualquiera que sea la forma que ésta tome.¹

Así, el compañero no es el hermano. En la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso, el significado de la palabra compañero nos remite a la “persona que se acompaña con otra para algún fin”, vocablo que deriva directamente del latín *compania*, y que aparece en el merovingio *companio* y *companionis* (Alonso, 1947:1145).² El aspecto imaginario de *comer del mismo pan*³ aparece aquí completado con un tercer término: hay un fin, una finalidad que da sentido al acompañamiento. Así, el aspecto repetitivo, el *ero* que hace del *compaña* algo más que un incidente, sino un sujeto con el que se comparte el pan *de manera repetitiva o periódica*, supone una finalidad de dicha presencia. Nos acompañamos para un fin. En la relación de compañía, de acompañamiento, hay un tercer término, que es su finalidad o, si queremos estirar un poco el término, la *tarea*.

El sujeto, sin embargo, no es el acompañante. El sujeto se hace acompañar, es *el instituyente* del acompañamiento como proceso. Hay una sutil diferencia. El

¹ Sin embargo, la etimología de la palabra *familia* excluye al familiar como compañero, porque el proceso ya tiene nombre. Efectivamente, a través de *famulus* y de *famel*, la idea de familia deriva de la raíz *fames*, hambre. Familia sería el lugar en el que se sacia el hambre, se come del mismo pan. Por ello, compañero no se usa para la familia. Familia ya tiene nombre (Arnal, s/f).

² El hecho de aparecer en el merovingio indica una continuidad de la presencia del término. El término en latín, *comes*, *socius*, *comitis*, *amicus*, aún no construye la idea de *compartir el pan*. En el latín vulgar *compania*, que significa *compañía*, aparece ya el efecto de acompañar. A pesar de que la idea de compartir el pan ya estaba presente, el compañero como *sujeto* se construiría a partir de las constelaciones subjetivas referidas a la segmentaridad del colectivo militar (como veremos más adelante). La palabra *compañero* “aparece por primera vez en las ‘Glosas Silenses’, unas notas medievales de finales del siglo XI escritas en *lengua romance* en los márgenes de libros en latín y que fueron encontradas en el monasterio de *Santo Domingo de Silos* (Burgos)” (López, 2014).

³ Central en el ritual cristiano. Recordemos que el sacramento fundamental de la religión cristiana es la *comunión*, que es el acto básico de compartir el pan y el vino, que son el símbolo de la carne y la sangre de Cristo.

compañero es un sujeto que *se hace acompañar*. La *compañía*, es la persona o personas que acompañan a otra o a otras (Alonso, 1947:1145). El sujeto del acompañamiento aparecería, entonces, como el sujeto de la demanda. Es alguien que requiere ser acompañado. Dicho requerimiento se intenta satisfacer mediante la compañía, esos otros que acompañarán al sujeto.

La compañía también está en el origen de la palabra *compañero*. Decíamos más arriba que *compañero* deriva del latín vulgar *compania*. *Compania*, efectivamente, compartir el pan, compartir con otros. Según Arnal (s/f), ante la exclusión de la familia de la idea de compartir el pan, lo que aparece es la figura del ejército:

En Roma, donde la institución del ejército era una prolongación de la vida civil, que no estaba hecha de individuos sino de grupos (tribus, curias y gentes), los *compañeros* de armas (*commilitones*) eran *compañeros* fijos y comensales también en la vida civil. Y que se haya tomado el pan, el principal alimento, como principal referente de la alimentación (recordemos el *panem et circenses*) no tiene nada de extraño, del mismo modo que se tomó la sal como principal expresión de abundancia o de lujo, de ahí que se dedujese de la sal el salario, y precisamente también en el ejército. Por eso no tendría nada de extraño que el término *compañero* se hubiese fraguado en el ejército y haciendo referencia tanto a la compañía como al pan. De todos modos es llamativo que el término *compañía* defina una determinada agrupación del ejército desde hace muchos siglos. San Ignacio de Loyola, capitán del ejército español, al fundar su orden religiosa pensó en la estructura militar; por eso le dio el nombre de *Compañía* de Jesús.

Así, la idea de *compañero* nos remite, por un lado, a un origen que apunta a una figura colectiva: la compañía, ese conjunto que es al mismo tiempo una *organización*, que estaría en el origen de las instituciones *corporativas* que definirían la organización de la iglesia en la baja Edad Media.⁴ Dicho de otra manera, en la compañía, ese colectivo

⁴ Cuestión interesante en relación con una arqueología de los grupos. El modelo grupal aún no se decantaba en la familia. La familia romana estaba formada, básicamente, por los esclavos que pertenecían a un señor o ciudadano. El tipo de agrupación predominante, en el sentido del grupo, sería precisamente la del ejército romano, que como bien dice Arnal, era una continuación de la vida civil —es decir, la forma de especialización no correspondía a las formas actuales de dicha institución—, y estaba formada por otro tipo de grupos: tribus, curias y gentes. El ejército romano inaugura así un nuevo tipo de agrupación, un nuevo tipo de colectivo. Ya en la baja Edad Media, este tipo de organización fue soporte, pero también oposición al poder despótico de un Estado cada vez más centralizado, en el que ya se anunciaba el periodo absolutista. Este modelo, más que en el imperio romano, fue en la Iglesia en el que encontraría su desarrollo y su clímax, bajo las formas

novedoso que creó la segmentaridad del ejército romano, se constituyó un sujeto, el compañero, que crearía e inauguraría un nuevo tipo de relación, que produciría nuevas formas subjetivas, acompañadas éstas de una constelación posiblemente original de afectos y emociones: el compañerismo. El compañero, en este momento, es miembro de un sujeto colectivo, la compañía. El vocablo compañía, la idea de acompañar y su sustantivación en acompañamiento, son deudores de esta génesis social.

EL ACOMPAÑAMIENTO Y LA EMPATÍA

Acompañar también tiene una serie de significados que se han constituido a lo largo de la historia del término. Así, por ejemplo, *ir en compañía de otro u otros* es un significado que aparece desde el siglo XII, en el *Cantar del Mio Cid*. Por su parte, *dar compañía a uno* aparecería hasta el siglo XV, en *La Celestina*, de Francisco de Rojas (1490) (Alonso, 1947).

Uno de los significados de este verbo que más nos interesa, se refiere a *participar en los sentimientos de otro*, acepción que surge más tardíamente, en pleno renacimiento, entre los siglos XVI y XVII, específicamente en *El Quijote*.

¿Cuáles son las condiciones que nos permiten, entonces, participar en los sentimientos del otro? Pienso que este significado de la palabra acompañamiento es central para pensar la problemática que nos ocupa. Y esto es porque otros significados, tales como el jurídico, musical, etcétera (elementos que proyectarán hacia los objetos una relación humana generada en el ámbito colectivo: *acompaña a este documento...*, el acompañamiento *de tal o cual melodía*) no dan cuenta del proceso de significación que terminaría en el planteamiento de un *acompañamiento psicosocial*.

Participar en los sentimientos es ya un problema de fondo. Inicialmente por la cuestión de los sentimientos. El sentimiento, que se distingue del afecto y de la emoción. Sin entrar en una discusión para la que no tenemos espacio en este texto,

corporativas. Las diversas órdenes eclesiásticas, la organización territorial de la Iglesia, estarían inspiradas del modelo romano, y se constituían como un límite al poder despótico del señor feudal. Más tarde, el poder colectivo de las *corporaciones* se opondría al poder centralizado del Estado absolutista. Este modelo corporativo de la Iglesia se constituiría como un contrapeso del Estado, y sería el modelo de agrupación privilegiado que España exportó al Nuevo Mundo. Según Lorenzo Meyer, el corporativismo adoptado como forma de control en la Nueva España está en el origen de las formas colectivas que perduran hasta nuestros días (Meyer, 1989:23-24). Las formas colectivas que se institucionalizaron en el Estado mexicano derivan de dicha organización (Manero, 2016:25 y ss).

asumiremos una distinción primordial: mientras que los sentimientos y las emociones atañen al sujeto de manera individual, el afecto es un concepto que nos remite más a un elemento de interacción. El afecto se dirime en la afección, en la posibilidad de afectar y ser afectados.⁵

¿Pero el sentimiento es participable?, ¿es algo que se puede compartir, como el pan? El sentimiento se encontraría, en este primer momento, en el plano de la representación. El sentimiento, inversamente a la emoción, supone la presencia de asociaciones y procesos elaborativos en torno a las emociones y la percepción del mundo.⁶ Dicho de otra manera, el sentimiento se encuentra en un registro en el que están presentes significaciones del mundo que suponen la presencia de elementos y procesos sociales y colectivos. Sentimos y sentimos algo, y ese algo que sentimos sería, en todo caso, participable, posiblemente de manera distinta a la emoción; aunque sentimiento y emoción, lo intuimos, podrían tener génesis similares. Finalmente, nunca podremos dejar de ser significación.

Participar en los sentimientos de alguien nos remite al primer momento, al compañero, con quien compartimos el pan. Ambos participan. Participar es *tomar parte en algo*, ser parte de algo. ¿Cuál es, entonces, ese *todo* del que tomamos parte? Participar de y en los sentimientos de alguien, es *tomar parte en/de dichos sentimientos*. ¿Nos llevaría esto en el sendero de los planteamientos de los procesos de *identificación*? Tener empatía, identificarse con otro, ¿tiene alguna relación con los procesos identificatorios, fundamentalmente inconscientes?

Decía Lourau (1970) que Freud, en su *Psicología de las masas y análisis del yo*, había descubierto la composición íntima de los eslabones del vínculo social, pero que de dicho vínculo, de esa cadena, no había dicho nada. Asimismo, cuando hablamos de tomar parte, de participar en los sentimientos del otro, parecería que estamos frente a

⁵ Y considero que esta acepción es muy pertinente para el trabajo de acompañamiento. Se trabaja con afectos, además de sentimientos y emociones.

⁶ Normalmente se plantea la cuestión de las emociones como reacciones prácticamente orgánicas o somáticas frente a los estímulos (que pueden ser externos o internos). Sin embargo, en esta versión simplista, resulta imposible concebir una reacción que pueda aislarse de aspectos como la memoria o las significaciones. Asimismo, las emociones, desde su etimología, permiten pensar elementos colectivos que están en su origen, tal como lo plantea Mühlmann en su conocido libro (1968). No podemos, entonces, definir con propiedad los aspectos individuales o colectivos que referen estos términos. Si los hemos retomado de esta manera, sumamente esquemática, es para argumentar los aspectos en relación con la colectividad, la comunidad y las lógicas del vínculo en los procesos de acompañamiento.

una lógica de intercambio, una forma de *interacción* entre dos o más sujetos. Por ello la cuestión de la identificación. Pero, ¿qué hay antes de la identificación, cuáles serían sus supuestos?

Identificarse con algo inaugura una distancia. No podemos identificarnos sino con aquello que, en principio, es diferente. En la identificación hay un aspecto nómada, un *yo* nómada que corre detrás de tal o cual objeto de identificación. También tiene sus límites. No obstante, para ser identificación, el proceso debe suponer si no la alteridad, sí la diferencia. Sólo me puedo identificar con otro. O con Otro. La relación de alteridad está dada. Nada es lo mismo. Pero también surge como creación en el crisol colectivo. Se producen distanciamientos, se concretan singularidades. Solamente cuando me puedo reconocer como Otro o como diferente me puedo identificar.

La lógica identificatoria desplaza al imaginario⁷ al *acompañamiento*. Me coloco imaginariamente en tu lugar. Es una impostura, es *como si*. Como lo plantea Cristina Rivera Garza (2015:55):

En este largo estudio sobre las dinámicas personales y políticas del dolor humano que es *The Body in Pain*, especialmente en el capítulo que le dedica a la tortura, Elaine Scarry [1985] analiza con singular atención el lugar del interrogatorio en la producción de una confesión que siempre, por necesidad, será la que quiere oír el representante del poder, es decir, que será, aun siendo verdadera, falsa. Una impostura que responde a una imposición.

¿Cuál es entonces esa imposición que obliga a *sentirnos identificados*? Identificarse, sentirse identificados, es la impostura de la identificación. Salva la diferencia, sitúa la división, esa barrera que me distingue, porque yo no participo en el sentimiento del acompañado.

Me pregunto, entonces, sobre ese colectivo que da sentido a la *compañía*, a la idea del compañero. El compañero, ese sujeto que se hace acompañar en medio de la segmentaridad que producen los grupos en ese crisol que es el ejército romano. El compañero, como veíamos más arriba, es el sujeto que surge de la singular composición del colectivo militar romano. Son cuerpo, están acuerpados (el ejército actual tiene diversos *cuerpos*: cuerpo de paracaidistas, por ejemplo; hay también el H. Cuerpo de Bomberos, etcétera), corporativizados. Entre la *identificación* (Freud *dixit*) que define la naturaleza de los eslabones de la cadena vincular en las masas organizadas (como el

⁷ Me refiero aquí al imaginario en su acepción más corriente, en tanto imaginario segundo o imaginario especular en el planteamiento de Castoriadis (1997).

ejército), y el *tener que identificarse* como esa forma imaginaria de *ponerse en el lugar de*, de estar en los zapatos del otro, de lograr una *empatía*,⁸ hay una oposición.

Considero que más que procesos de identificación, estamos frente a lógicas múltiples de *participación* de una colectividad. Compartir, participar de, acompañarse, compañeros. Toda esta constelación semántica nos remite a colectivos que se singularizan. Frente a la lógica del *identificarse* como establecimiento de una ruptura, aparecería entonces las múltiples lógicas de la emergencia, de la expresión de los colectivos, de la comunidad o de la comunalidad (García, 2011). La simpatía más que la empatía. Parafraseando a Rivera, *acompañarse* “es una práctica de la comunalidad”. Es precisamente la crítica de la distancia del *identificarse con*, es un saberse deudores, *parte de* ese sentimiento del acompañado, del sujeto que demanda la compañía.

El problema, entonces, no es precisamente el de satanizar la empatía, la posibilidad de identificarse con alguna persona. Al contrario, normalmente eso es deseable. Sin embargo, es el contexto en el que se utiliza el término, en el que se desarrolla el proceso, en donde la empatía revelará su dimensión de impostura. Adelanto entonces una hipótesis: el acompañamiento psicosocial, como las demás formas de acompañamiento profesionalizado, se formula como expresión de lo que Lourau llama el efecto Luckács, a saber, que un *saber especializado se constituye a partir del olvido y la negación del saber social que le da origen* (Hess y Savoye, 1993). La *empatía*, tal como es utilizada en las diversas formas de acompañamiento profesionalizado, supone la negación, el rechazo y el olvido de su pertenencia a ciertos colectivos, y la colocación en un lugar imaginario desde el cual opera la posibilidad de *empatizar*, por tanto de *acompañar*.

¿QUIÉNES SON LOS DAMNIFICADOS?

Todos estaban muy ansiosos, algunos, muy deprimidos durmieron desde las cuatro de la tarde. Dolores permanecía cerca de la puerta para recibir instrucciones y yo más al fondo de la habitación. Sin pensarlo dije: “¡Vamos a jugar a la rueda!”. Empecé a aplaudir, algunos se aproximaron. ¿Cuál es el juego de la rueda? Pues nos sentamos, estamos en rueda, nos vemos las caras, decimos nuestros nombres, cómo nos sentimos, qué nos preocupa, qué nos da miedo y qué necesitamos [...] Esta rueda

⁸ Uno de los elementos centrales en las formas del acompañamiento profesionalizado es precisamente la empatía, empatizar con el sujeto. Empatía (*em* –del interior–, *pathos* –que en principio significaba *pasión* y que posteriormente, con Galeno, fue utilizada como dolencia, afección, enfermedad–) es la posibilidad de participar o de introducirse en lo que experimenta otro, contrario a *simpatía*, que sería la comunidad de sentimientos.

duró 80 minutos y tal vez unas 22 personas, participaron; algunas entraban y salían [...] Después comprendí algo que había sido importante: la lucha que hicimos contra la formalidad y el anonimato (al jugar a la rueda y pedir que dijeran su nombre). En otros albergues, en cambio, y sobre los que tuve conocimiento posteriormente, las personas que llevaban varias semanas de convivencia no sabían entre sí sus nombres y seguían refiriéndose a ellos como “la señora a la que se le murieron sus dos hijos”; “el señor que no encuentra a la esposa”; “la que estuvo enterrada” (Döring, 1987:21-22).

El testimonio que nos ofrece esta psicoanalista de la AMPAG⁹ es interesante desde muchos puntos de vista. Los eventos que describe tuvieron lugar dos días después de los terremotos que asolaron la Ciudad de México en septiembre de 1985. Esta parte viene precedida de una crónica de su propia experiencia en el terremoto. Ahí nos relata que sintió el terremoto, pero no tenía conciencia de su destructividad. Sin embargo, conforme fluía la información, se fue dando cuenta de la magnitud de la tragedia. Fue “aterrizando”. Intentó seguir su rutina normal, pero sus pacientes cancelaron. Su angustia fue creciendo.

En el caso de Rosa Döring, como muchos otros, el aspecto traumatizante no fue la experiencia del movimiento telúrico, sino las consecuencias sociales en su entorno inmediato: la ciudad. En la medida en la que se va haciendo consciente de la magnitud del desastre, empieza a experimentar una desazón, una intranquilidad, una pérdida de las condiciones imaginarias sobre las que asienta su seguridad, la posibilidad de hacer algo más que sobrevivir. Es un estado de suspenso, es decir, en donde la cotidianidad queda suspendida. La desestructuración de la cotidianidad viene así acompañada de la vivencia de un desastre interno.

En un momento dado, después de dar vueltas por la ciudad y darse cuenta de la magnitud del desastre, después de estar presente con su hija en Ciudad Universitaria, *juntando víveres para los damnificados*, decide, no sin temor, alistarse en una brigada que iría a ayudar en un albergue en Peralvillo.

La reacción de los jóvenes y de la ciudadanía en general, en la Ciudad de México, fue sorpresiva. Una enorme ola de solidaridad produjo experiencias inéditas en el contexto de la historia de la ciudad. La crónica crítica de Carlos Monsiváis (1987) describe con suma agudeza el movimiento que se desarrolló a partir de los terremotos de 1985.

Sin embargo, se debe hacer notar que, en medio de estas acciones, muchas heroicas, impulsadas por dicha solidaridad, había también un elemento que en general pasó desapercibido. *Los procesos de ayuda, la asistencia a los damnificados por el sismo, producían una división significativa en la población de la ciudad: estaban los damnificados,*

⁹ Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C.

las víctimas del terremoto, y por otro lado los demás, los que, en algún momento, podrían ayudar, sacando cadáveres, desenterrando sobrevivientes, acompañando a los sufrientes, acopiando víveres para los albergues, o a partir de sus servicios profesionales, prestados de manera gratuita, como servicios médicos y psicológicos.

La ciudad se dividió entre damnificados y no damnificados. Sin embargo, esta figura del no damnificado, del que podía ayudar porque no le había pasado nada, o nada grave, escondía otra realidad. Todos fuimos damnificados, incluso los que no estuvimos en la ciudad en esos días. La ayuda se realizaba en el trasfondo de la negación de la propia condición de damnificado, es decir, dañado por el desastre. La asistencia, la solidaridad, también eran un mecanismo para demarcarse de las víctimas, y por tanto de la estigmatización y abyección que esto conlleva (Manero, 2008).¹⁰

Al poco tiempo de los terremotos, se intensificaron los movimientos sociales y la organización de la *sociedad civil* no sólo en la capital, sino también en el país. A las pocas semanas del terremoto, se hizo una franca división en los espacios que ocupaban las personas que habían perdido su techo. Por un lado, se construyeron los *albergues* por parte del gobierno federal y el de la ciudad. Fue una de las reacciones tardías de un Estado que había mostrado su ineptitud y su ineficacia en el socorro de una sociedad vulnerada. Por otra parte, surgieron los *campamentos*, que estaban signados desde otro lugar. El campamento fue más militante, estaba comprometido con movimientos sociales, especialmente los nacientes movimientos urbano-populares, el campamento estaba construido en la crítica de un Estado corrupto que, por lo menos en parte, era responsable no sólo de no brindar la protección social a la que estaba obligado (defendiendo, como hubiera debido, por ejemplo, a las costureras que trabajaban con condiciones y prestaciones muy por debajo de lo que la ley exigía), sino de haber permitido construcciones que no cumplían el reglamento correspondiente, muchas de las cuales eran oficinas del mismo gobierno.¹¹

A diferencia de lo que sucedió en los *albergues*, donde las tendencias eran mucho más de corte asistencialista, en los *campamentos* la ayuda o el trabajo profesional fue mucho más de *acompañamiento*.¹² La *asistencia* en los campamentos se encontraba

¹⁰ El artículo del doctor Antonio Carrillo en ese mismo texto (1987), pone en evidencia un aspecto muy importante: el terremoto funcionó como analizador de los especialistas de las ciencias “psí”, especialmente los psicólogos. De una u otra manera, todos fuimos damnificados.

¹¹ Hay que recordar que una de las primeras reacciones del gobierno después del primer terremoto, fue utilizar al ejército para rodear instalaciones “estratégicas”.

¹² A partir de los terremotos, se desencadenaría un movimiento muy intenso en la sociedad civil y en el Estado. Por una parte, se iniciaría un proceso de fortalecimiento de las organizaciones de la

sobresignificada por el movimiento, por las finalidades militantes, pero también por las constelaciones utópicas que se habían despertado a partir de la experiencia de una ciudad, por lo menos durante algunas horas, autogestionada. En los albergues, sin embargo, la sobresignificación estuvo dada más por el imaginario burocrático, por la posibilidad de remedar los dispositivos de asistencia y seguridad social entonces vigentes.

El movimiento urbano-popular que siguió a los terremotos, la multiplicación de grupos de gestión de vivienda que plantearon demandas al gobierno de la ciudad, trocaron la *relación de ayuda o relación asistencial* en otra forma de compañerismo, que de cierta manera subsumió la distancia producida por el estigma del damnificado, de la *víctima*. Se detuvo de esa manera la *abyección*. *En los campamentos, el acompañamiento en tanto acompañamiento terapéutico se fue transformando en un acompañamiento del propio movimiento, en la posibilidad de generar un vínculo de lucha frente a las mismas realidades a partir de proyectos similares o paralelos.*

Sin embargo:

Los riesgos al tratar de aprehender sus contextos sociales y de encarnar sus quiebres y recovecos humanos, como lo recordara Susan Sontag en *Ante el dolor de los demás*, van desde el amarillismo fácil hasta la sentimentalidad achacosa —formas de interpretación que, en lugar de provocar una respuesta implicada o una empatía activa, más bien transforman cualquier escena de sufrimiento en un estereotipo o una pétrea lejanía [...] Contra este tipo de construcciones, emergieron hacia el último cuarto del siglo XX estudios que privilegiaron las perspectivas de los más débiles y, en su caso, el de las víctimas. En su afán por ofrecer la otra versión, la perspectiva alternativa, la mirada que iba de abajo para arriba, muchos de estos análisis transformaron al sufriente en un héroe, incluso a pesar de sí mismo. Así, enfatizando la agencia social —capacidad del ciudadano de producir su propia historia a través de estrategias tales como la resistencia, el acomodo o la negociación—, estos estudios se convirtieron, queriéndolo o no, en narrativas de heroísmo (Rivera, 2015:33-34).¹³

sociedad civil que pondría en jaque el tradicional dominio del gobierno en los procesos electorales (Reygadas, 1998), y por otra una respuesta institucionalizadora que generaría uno de los programas asistenciales más ambiciosos de los últimos tiempos, el Programa Solidaridad, que continúa, reformado varias veces, operando hasta la actualidad (el mismo nombre del programa denuncia la intención de apropiación del signifiante que movilizó a la sociedad en una gran ola solidaria).

¹³ La temática del heroísmo, no obstante, no debe simple y llanamente ser denostada. Si las narrativas se vuelven heroicas, es precisamente porque tocan núcleos imaginarios importantes de nuestra cultura, núcleos míticos, en el sentido de Mühlmann (1968), que están presentes como significación en nuestra institución social.

Siempre es problemático *acompañar*. La compañía no es el sujeto, ni el instituyente. ¿Cómo y desde dónde acompañar?

El 19 de septiembre de 2017, exactamente 32 años después de los terremotos de 1985, sucedió otra catástrofe telúrica en la ciudad. Nuevamente un terremoto sacudía el entorno, y produjo nuevas víctimas, ahora en mucho menor medida que en 1985. Hubo diferencias importantes. La reacción de los cuerpos de seguridad, rescate y asistencia del Estado fue inmediata. No hubo la pausa autogestiva. Pero se repitió la ola solidaria, aunque ahora con ciertas particularidades. Había que sacarse la *selfie* en medio del desastre. Había que dejar testimonio de la presencia en las brigadas de ayuda, de acopio. Una especie de caricatura del 85. De todas maneras, sacar cuerpos es traumático. Muchos rescatistas, que se movilizaron hasta el agotamiento, acabaron requiriendo procesos terapéuticos ante el evidente impacto traumático de las experiencias de rescate. Desorganizada, o más bien organizada hasta donde fue posible, la ayuda llegó rápidamente y en demasía [...] a ciertos lugares. Otros aún esperan la atención para reconstruir sus casas y pueblos, casi un año después de la tragedia.

Las brigadas se organizaron muy rápidamente. Hubo una cooperación prácticamente espontánea entre los brigadistas de la sociedad civil y los grupos que el gobierno destacó para la atención de la emergencia. Al final, la ayuda y atención estuvo copada por el Estado. Y, a pesar de que hubo un requerimiento mucho mayor y más explícito de ayuda especializada por parte de los brigadistas (que muestra claramente su compromiso y su disposición a afrontar riesgos físicos y psicológicos para brindar la ayuda que podían), ahora fue mucho mayor la distancia que se guardó entre los damnificados, las víctimas del terremoto, y los demás. La estrategia de territorialización fue efectiva. Los movimientos fueron pocos y tardos en su organización. Su *potencia* bastante disminuida.¹⁴ El desinterés social resulta bastante evidente. Ahora, más que nunca, fue efectivo el mecanismo de *asistencia* y de *acompañamiento* como medio de *demarcación* frente a las víctimas, para su mejor control y territorialización (Manero *et al.*, 2004). El brigadista, el asistente, se alejó cada vez más del compañero o de la compañía en el sentido que hemos expuesto más arriba.

Frente a esta demarcación, distancia y extrañamiento que produjo la relación de ayuda (asistencia) y acompañamiento, se abre el reconocimiento de la comunidad, una deuda en común y la posibilidad de ser una comunidad con inteligencia de la *alteridad*. Participar de los sentimientos, compartir el mismo pan se opondría, en tanto

¹⁴ La concepción de potencia que utilizo aquí puede verse en el artículo de Fernando García Masip (2016).

acompañamiento, al distanciamiento necesario para el ejercicio de la asistencia o, en todo caso, a las formas del distanciamiento técnico que el asistencialismo requiere. Al contrario:

Ante la reificación y la rapiña, ante el cinismo y la indiferencia, nada como reconocer por principio de cuentas –esto es lo que sugiere Sontag como inicio de un paliativo que consiste en la contextualización puntual, es decir política, de la desgracia– que si justo en este momento somos capaces de ver el dolor de los otros [...] es porque somos privilegiados y ese privilegio –este privilegio– está conectado de maneras directas e íntimas, de maneras jerárquicas e injustificables, de maneras desiguales e históricas, con el dolor ahora observable en los otros [...] El dolor paraliza y silencia, es cierto, pero también satura la práctica humana y, en ocasiones la libera, produciendo voces que, en su profundidad o desvarío, nos invitan a visualizar una vida otra, en plena implicación con los otros (Rivera, 2015:42-43).

GÉNESIS SOCIAL DEL ACOMPAÑAMIENTO PSICOSOCIAL

La génesis social¹⁵ del acompañamiento psicosocial debemos situarla a partir de dos antecedentes básicos. Por una parte, los desarrollos que se realizaron a partir de la *desmanicomialización* en Europa y en América Latina, sobre todo en Argentina, con antecedentes desde la década de 1940, pero que se realizaron principalmente en las de 1960 y 1970. Por otra parte, los trabajos de una *psicología de la liberación*, que es una denominación más o menos genérica que abarca diversas prácticas y tendencias que caracterizaron el desarrollo de un conjunto de corrientes críticas en América Latina, especialmente en Centro y algunos países de Sudamérica. Éstas se distinguieron por intentar construir un modelo con los grupos oprimidos, y plantearse cuestiones generales como las de la ideología, la subjetividad y la identidad, en relación con temas como la justicia social y económica.

¹⁵ El concepto de *génesis social* se trabajó sobre todo en el análisis institucional. La génesis social es un concepto que designa el contexto o las condiciones sociales que permiten, producen o conducen hacia la aparición, producción o creación de un concepto o de una práctica social. Hablar de la génesis social del acompañamiento psicosocial es rastrear los contextos y discusiones que tuvieron lugar para la aparición de esta práctica y sus respectivas conceptualizaciones.

LA CRÍTICA A LA PSIQUIATRÍA Y EL ACOMPAÑAMIENTO TERAPÉUTICO

En el contexto de la institución asistencial, uno de los antecedentes fundamentales a lo que hoy aparece como acompañamiento psicosocial fue el acompañamiento terapéutico. Actualmente, sobre todo en Argentina, el acompañamiento terapéutico es una alternativa no sólo a la manicomialización, sino también a las diversas formas psicoterapéuticas basadas en el modelo médico dominante. En ese país, el acompañamiento terapéutico no sólo se realiza en el ámbito psiquiátrico y/o psicológico, sino que también ha permeado cuestiones educativas y pedagógicas, entre otras.

Hay antecedentes más o menos lejanos de formas de acompañamiento terapéutico:

En realidad, solamente Camino podía hacer eso, fue una cosa buenísima, que implicó directamente el trabajo en el campo. ¿Por qué? Acá había una cosa muy extraña a la cual asistí –estoy hablando de hace muchos años, cuando recién estaba en el hospicio, yo era médico de guardia ahí. En un momento determinado de algunas épocas del año, venía un camión. Y de las distintas salas, metían dentro del camión –digamos así– a los crónicos, crónicos y más crónicos. Los asilaban dentro del camión. Era un espectáculo terrible, verdaderamente era espantoso. Me acuerdo como si lo estuviera viendo, la parte de atrás del camión quedaba abierta, y los tipos iban subiendo. Se los llevaban a Open Door y ahí los tiraban en el campo. En Open Door, había tres médicos, cuatro médicos para tres mil, cuatro mil pacientes. ¡Una barbaridad! [...] Lo peor de esto es que, después de cinco o seis años volvían y no tenían más problemas. Entonces, los chistes eran: “¡Y, se curaban porque no había ni enfermeros ni psiquiatras!”. Era extraordinario (Bauleo, 2004).

Bauleo se refiere a una experiencia ocurrida en 1968, realizada a instancias del doctor Raúl Camino, en la provincia de Entre Ríos. Esta experiencia finalizó en 1976, debido a los problemas políticos derivados del golpe de Estado.

En una buena cantidad de experiencias de desmanicomialización, los modelos clásicos de atención psiquiátrica o psicoterapéutica son obsoletos. Las prácticas de la enfermería psiquiátrica y la reflexión desde disciplinas como sociología, antropología y trabajo social, permitieron sacar a la salud mental del ámbito estrictamente psiquiátrico y psicológico. Las experiencias de las comunidades terapéuticas y los hospitales de día, poco a poco fueron logrando transformar la faz del ejercicio clásico de la psiquiatría, y con ello fue ganando legitimidad la idea de un acompañamiento terapéutico que se debía sustituir al internamiento y las formas clásicas del ejercicio psiquiátrico.

En México, el acompañamiento terapéutico también tuvo orígenes en experiencias importantes en el campo de la crítica a la psiquiatría. Experiencias *princeps*, tales

como la comunidad terapéutica del Centro Lomas de los Centros de Integración Juvenil A.C. (Manero *et al.*, 2013; García y Manero, 2014), la comunidad terapéutica Mendao, las Casas de Medio Camino del doctor Xochihua, hasta la implementación del Modelo Hidalgo en psiquiatría, los procesos de despsiquiatrización y las experiencias de tratamientos extrahospitalarios a pacientes psicóticos han puesto de manifiesto la necesidad de trabajar en torno al acompañamiento terapéutico.¹⁶

Con orígenes muy distintos a los de la *compañía*, la *corporación* y la segmentaridad del ejército romano, la colocación crítica del acompañamiento terapéutico en las prácticas de salud mental, en algún momento pudieron rozar a ese sujeto, el compañero, como elemento ya no fundante o instituyente, pero sí como *sujeto* de una relación que se definía negativamente en relación con las formas terapéuticas tradicionales. En Argentina, en un principio, al acompañante terapéutico se le llamó el *amigo calificado* (Rossi, 2013). A partir de la década de 1980, la figura del acompañante terapéutico se consolidó, y también se institucionalizó. Sus representantes se preocuparon más por conceptualizar y consolidar teórica y prácticamente este recurso, que por mantener su capacidad crítica frente a la naturaleza del vínculo terapéutico.

En un momento dado, frente a los procesos traumáticos que han sucedido en América Latina desde el surgimiento de las dictaduras en el Cono Sur, el acompañamiento terapéutico ha sido un método para trabajar con las víctimas cuestiones referentes no sólo a su salud mental, sino también en torno a su acción y actividad política como elementos que están directamente relacionados con la posibilidad de elaborar sus condiciones psicológicas. Específicamente en torno a cuestiones de eventos o condiciones políticas traumatizantes, el acompañamiento terapéutico se transformó en un acompañamiento psicosocial.

LA PERSPECTIVA DE LA PSICOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

El principal exponente de la psicología de la liberación es Ignacio Martín-Baró, psicólogo social y sacerdote jesuita, que fue arteramente asesinado en El Salvador, en donde brindaba sus enseñanzas y que fue el lugar, el terreno que le permitió elaborar

¹⁶ Estas experiencias estuvieron en los orígenes de los procesos de desmanicomialización de los hospitales psiquiátricos tradicionales en México. El mismo Hospital Fray Bernardino Álvarez, nave insignia de la psiquiatría organicista dominante en el país, introdujo un *Hospital de día*, así como *Hospitales de fin de semana*, que tendían —aunque sea en cierta medida— a romper el aislamiento asilar de los enfermos.

las reflexiones que hicieron notable su trabajo, especialmente en lo que se refiere a los efectos de la violencia sobre las personas, grupos y movimientos en la sociedad.

Hoy podríamos plantear que la psicología de la liberación tiene una definición amplia y otra estricta. En su sentido estricto, esta psicología está emparentada con el trabajo de Martín-Baró y sus seguidores.¹⁷ El *corpus* fundamental de su obra se orienta al análisis, desde diversas perspectivas teóricas, de los procesos sociales relacionados con la explotación, la violencia, la guerra, la dominación y la enajenación de los más pobres y despojados de la sociedad. Su trabajo ha tenido ecos importantes en varios países de América del Sur, como Venezuela y Colombia, países caribeños (psicólogos cubanos han seguido de cerca sus reflexiones), y también en México y Chile, entre otros (Aluna *et al.*, s/f).

En un sentido amplio, la psicología de la liberación es un conjunto de corrientes que elabora una crítica política a los regímenes y Estados en América Latina, desde diversas perspectivas de la psicología, entre las que predominan las aproximaciones desde la psicología social. Así, en esta perspectiva, podemos agrupar diversas corrientes críticas, tales como la psicología social pichoniana, elementos que se han trabajado desde la educación popular freiriana, así como la investigación acción participativa, del colombiano Orlando Fals Borda. Todas estas corrientes se caracterizan por una perspectiva crítica a las formas de dominación y explotación en nuestros países:

El creador del método de acompañamiento psicosocial fue el jesuita Martín Baró, quien fusionó la psicología social, con la teología de la liberación latinoamericana y la educación popular para acompañar a las organizaciones en resistencia durante la guerra civil en El Salvador en la década de 1980. Desde entonces ha sido exportado entre países y generaciones, como patrimonio de quienes se resisten a ser víctimas de la violencia sociopolítica y se convierten en “sujetos políticos” (Aluna *et al.*, s/f:9).

Resulta claro que esta corriente es heredera del impulso que hubo desde la década de 1960 a la crítica de nuestras sociedades y, específicamente en América Latina, a la crítica del colonialismo y de la opresión que sufrían –y sufren– los pueblos de la región. Una versión renovada del *carisma cristiano* y de la vocación de la Iglesia en el mundo, que se llamó la Iglesia de los pobres, sistematizada y conceptualizada en una

¹⁷ Es importante hacer notar que, en esta escuela, el trabajo de los seguidores no ha sido simplemente glosar la palabra del maestro, como sucede frecuentemente. Al contrario, el estímulo intelectual de las obras de Martín-Baró ha servido para desarrollar su proyecto de psicología en muchos países y diversos ámbitos, especialmente en el contexto de organizaciones civiles.

teología de la liberación, se articuló en su impulso con diversos movimientos de corte marxista. Marxismos, teología de la liberación, reflexiones teóricas en ámbitos diversos (sociología, psicología social, ciencia política, economía, etcétera) dieron a luz formas específicas de intervención en el campo social. Entre éstas se distinguieron la educación popular de Paulo Freire y la investigación-acción participativa de Orlando Fals Borda. En esta diversidad de corrientes que finalmente determinaron una fisonomía de buena parte de la intelligentsia latinoamericana, se concretaron también formas distintas de acompañamiento, y de ser compañía. Así, surgieron los grupos guerrilleros,¹⁸ y también las comunidades eclesiales de base, experiencia social de creación de pequeñas comunidades inspiradas en el mensaje cristiano, iluminado desde la teología de la liberación. Ésta es una fuente que inspiró la vocación de la psicología de la liberación. Todas estas figuraciones sociales se constituyeron como referentes y antecedentes de lo que ahora se establece como un acompañamiento psicosocial.

CRÍTICA DEL ACOMPañAMIENTO PSICOSOCIAL DE SUJETOS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA

A reserva de desarrollar en otro espacio una argumentación crítica mucho más detallada, es importante situar algunos elementos generales respecto del acompañamiento psicosocial. Más arriba decíamos que esta práctica especializada mostraba con claridad el efecto Luckács, enunciado por el análisis institucional. En términos muy generales, éste se define como una característica de los saberes especializados, según la cual estos saberes se constituyen en el olvido de los saberes sociales que les dan origen.

Por ello es importante enunciar la condición de *separación* que es necesaria en el ejercicio asistencial. Para señalar al otro, al *asistido*, como víctima o como damnificado, es necesario *olvidar* la pertenencia común al ámbito comunitario o societal. Por eso Rivera habla de una práctica de la comunalidad. Esas prácticas comunales, que también permiten una *asistencia* como una ayuda desinteresada, basada en una relación de confianza,¹⁹ en su misma definición suponen lo societal y lo comunitario.

¹⁸ Que a pesar de su propia jerarquía pudieron, en algunos casos, establecer un vínculo de compañerismo que actualizó las formas que hemos enunciado respecto del ejército romano [...] Es importante, en este sentido, la presencia del “cura guerrillero” Camilo Torres.

¹⁹ La temática de la *confianza* está referida al desarrollo realizado por Fernando García (2016:3). “Nosotros utilizamos el término ‘confianza’ para delimitar un posible pasaje entre la potencia y el acto, no exactamente como una ética de *la energía* (que no dejaría de ser una idea sugerente) sino más bien en el sentido más puntual de que la potencia *cree* (confía) en que se realizará finalmente en un ente”.

El ejercicio del acompañamiento psicosocial, que supone no sólo la confianza, sino básicamente la empatía, se estructura en la institución de una separación, en el *olvido de nuestra condición de damnificado, de violentado, de vulnerado*. Las operaciones del llamado “fortalecimiento”, “fortalecimiento institucional”, etcétera, son prácticas que *producen* la organización a partir del olvido de las *instituciones* que atraviesan transversalmente, desde el Estado, a las mismas organizaciones civiles de acompañamiento.

El caso de las desapariciones forzadas resultaría aquí emblemático. Personas que tienen en común la desaparición de algún ser querido, se juntan para buscarlos. En esa forma de acompañamiento, por problemática que pueda resultar (por el daño infligido por la violencia a la capacidad de establecer vínculos sanos), se verifica esa forma de *comunalidad* de la que habla Rivera, de esa implicación común.²⁰ Se *producen* compañeros, *comen del mismo pan*, se hacen acompañar (porque el eventual descubrimiento del destino del ser querido puede ser terrible), participan de sus sentimientos, porque sus sentimientos están más orientados por la simpatía que por la empatía.

El acompañamiento psicosocial *interviene* a esta relación de acompañamiento. Establece ámbitos, designa dispositivos, orienta en torno a demandas que sólo podrían surgir a partir de sus propios dispositivos.²¹ *Es desde su propio proceso de institucionalización, que el acompañamiento psicosocial acompaña a las víctimas de la violencia*. Así, el desconocimiento de la relación de implicación que les articula con las víctimas, es la condición necesaria para su institucionalización como método sustitutivo de las terapias convencionales.

Esa institucionalización condiciona no sólo el *fracaso de su profecía* (Mühlmann, 1968), sino también el *olvido* de su condición de víctimas de la violencia en un contexto como el de nuestro país. Entre más se consolida el acompañamiento psicosocial como práctica no convencional, más se aleja del compañerismo, de la *participación en los sentimientos*, de la compañía, y por tanto, del *saber social* que le da origen.

²⁰ El concepto de implicación está utilizado aquí en su doble sentido, como compromiso (sobre-implicación), y como compromiso *inconfesable* (Lourau, 1991).

²¹ A pesar de que no se asume como una intervención (Aluna *et al.*, s/f:30), sería difícil pensar que no es así. Sin embargo, el problema radica más en la concepción del análisis y de la intervención misma.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, M. (1947). *Enciclopedia del idioma*. México: Aguilar, 1988.
- Aluna Acompañamiento Psicosocial, C. Correa, L.A. Espinosa *et al.* (s/f). *Modelo de acompañamiento psicosocial Aluna*. México: Aluna. Impresiones El Recipiente.
- Arnal, M. (s/f). “Compañero” *El Almanaque* [<http://www.elalmanaque.com/lexico/companero.htm>], fecha de consulta: 14 de agosto de 2018.
- Bauleo, A. (2004). “Entrevista a Armando Bauleo, por Emilia Cueto”, 9 de junio [<http://www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-armando-bauleo/5034>], fecha de consulta: 25 de agosto de 2018.
- Carrillo, J. (1987). “Lo que el sismo reveló. Reseña y comentarios de un seminario de formación de emergencia”, en M.C. Campuzano (ed.), *Psicología para casos de desastre*. México: Editorial Pax México, pp. 175-202.
- Castoriadis, C. (1997). “Imagination, imaginaire, réflexion”, en C. Castoriadis, *Faite et à faire. Les car-refours du labyrinthe* v. París: Éditions du Seuil.
- Döring, R. (1987). “Crónica de mis experiencias después del sismo (grupos amplios y pequeños)”, en J.A. Mario Campuzano (ed.), *Psicología para casos de desastre*. México: Editorial Pax México/Librería Carlos Césarman.
- García Masip, F. (2011). “Comunidades aporéticas”. *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 34, México: UAM-Xochimilco, pp. 47-73.
- (2016). “¿Se puede confiar en la actualidad? Ensayo sobre la potencia contemporánea”, en M.E. Moyeda (ed.), *Confianza o desconfianza: una consideración actual*. México: Departamento de Filosofía, Universidad Iberoamericana-Ciudad de México.
- y Roberto Manero Brito (2014). “Apuntes sobre las biopolíticas de salud mental en los Centros de Integración Juvenil y sobre la creación del Sitrasam (1974-1981)”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, México: UAM-Xochimilco, pp. 175-192.
- Hernández, A. (2010). *Los señores del narco*. México: Random House Mondadori.
- Hess, R. y A. Savoye (1993). *L'Analyse Institutionnelle*. París: Presses Universitaires de France.
- López, A. (2014). “20 minutos”, 17 de septiembre [<https://blogs.20minutos.es/yaestaellisto-quetodolosabe/el-curioso-origen-de-la-palabra-companero/>], fecha de consulta: 14 de agosto de 2018.
- Lourau, R. (1970). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- (1980). *El Estado y el inconsciente*. Barcelona: Kairós.
- (1991). *Conflicto de paradigmas en México*. México: UAM-Xochimilco.
- Manero, R. (2008). “Cuerpo, terror, abyección”, *Ide@s Concyteg*, 3(36), junio, pp. 56-68.
- (2016). “Corporativismo y colectividad. Hacia un socioanálisis de las instituciones mexicanas”, en F.G. Masip (ed.), *Biopolíticas, instituciones y desconstrucciones*. México: Universidad Iberoamericana, pp. 25-53.
- (2016a). “Encrucijadas psicosociales de la violencia”, *El cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, núm. 197, México: UAM-Azcapotzalco, pp. 113-120.

- , F. García *et al.* (2013). “Salud mental para el pueblo. El enfoque integral para la prevención y el tratamiento de las adicciones en los Centros de Integración Juvenil (1974-1979)”, en C.A. Carrascoza Venegas, *Aspectos culturales, sociales y preventivos de las adicciones en México*. México: Conaculta, pp. 113-144.
- Manero, R., L. Orihuela *et al.* (2004). “La violencia de la sospecha. La construcción de la víctima en el planteamiento victimológico”, *El cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, núm. 127, México: UAM-Azcapotzalco.
- Manero, Roberto y Raúl Villamil (2003). “El correlato de la violencia en el síndrome de estrés postraumático”, *El cotidiano. Revista de la realidad mexicana actual*, núm. 121, México: UAM-Azcapotzalco.
- Meyer, L. (1989). “El corporativismo mexicano en los tiempos del neoliberalismo”, en G.B. García (ed.), *Estado y sindicatos. Crisis de una relación*. México: Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.
- Monsiváis, C. (1987). *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*. México: Ediciones ERA.
- Mühlmann, W. (1968). *Messianismes révolutionnaires du tiers monde*. París: Gallimard.
- Reygadas, R. (1998). *Abriendo veredas: iniciativas públicas y sociales de las redes de organizaciones civiles*. México: Convergencia de Organismos Civiles por la Democracia.
- Rivera Garza, C. (2015). *Dolerse. Textos desde un país herido*. México: Surplus ediciones.
- Rossi, G.P. (2013). *Acompañamiento terapéutico*. Buenos Aires: Polemos.
- Sartre, J.P. (1985). “Questions de méthode”, en J.P. Sartre, *Critique de la raison dialectique*. París: Gallimard.
- Scarry, E. (1985). *The Body in Pain. The Making and Unmaking of the world*. Nueva York: Oxford University Press.